

ACERCA DE UNA CULTURA DE TRANSICION

Claudio di Girólamo
Santiago, julio de 1997

En el umbral del tercer milenio, la así llamada civilización occidental vive una época de vertiginosas transformaciones.

La vida cotidiana, el trabajo, la producción y todos los espacios de la actividad humana se ven influidos de manera radical por cambios substanciales que están en pleno proceso y que, sin embargo, son percibidos de manera superficial en cuanto a sus efectos modificadorios de nuestros modos de vida en el corto y mediano plazo.

Nos encontramos en un escenario de gran complejidad. Si bien el hombre, como especie, comienza a acceder a los secretos del universo más cercano, dejando las huellas de sus pies en la luna y hurgando con un robot la composición geológica de las rocas de marte, por otro lado aún no logra sacar de la extrema pobreza a gran parte de la población del pequeño planeta que él habita. Todo un ciclo histórico de la humanidad parece iniciar su fase de cierre y contemporáneamente se nos abre un período lleno de desafíos, posibilidades e incertidumbres.

La cultura, como eje sustantivo y ámbito en el cual se construye la organización social, es al mismo tiempo causa y efecto de estas transformaciones, como lo ha sido en el transcurso de toda la historia humana. Hoy, sin embargo, intenta abrirse paso con dificultad para instalar sus voces y re-legitimar su presencia activa en la pre-figuración del mundo de mañana.

Nunca ese mañana ha estado más cerca que ahora y nos ha urgido con su presencia cuestionadora en el hoy.

Pocas veces, en el desarrollo de la acción civilizadora del hombre, han coexistido tantos y tan variados desafíos para la construcción de una nueva cultura.

El vertiginoso desarrollo de las nuevas tecnologías nos acosa con la exigencia ineludible de su correcto y ético uso y la ciencia nos abre a un universo cada vez más amplio que aumenta, día a día, el misterio aún por descubrir.

Todo esto obliga a re-posicionarnos como un conjunto de diversidades y diferencias pero que, como especie, se enfrenta como un todo de identidad definida, a la conquista de nuevos espacios para la vida. Nos remite a la relación conflictiva y aún no resuelta entre la globalización cultural inevitable y la necesaria e intransable identidad local.

Tres preguntas nos asaltan al contemplar este proceso:

¿Cómo se expresa ese proceso en la particular vida de los pueblos que configuran la comunidad humana?

¿Cómo se inserta en las memorias históricas, en las maneras de ser y de sentir de países tan diferentes entre sí, para llegar a transformarse en la construcción mancomunada de una nueva plataforma civilizatoria?.

¿Cuál es el desafío particular que enfrenta América Latina en ese escenario?
¿Cuál es el de Chile?

CULTURA E IDENTIDAD

Si bien la cultura es, en esencia, un misterio, un ámbito de la realidad que acepta cientos de descripciones, es a la vez un enigma que compartimos porque está presente en todos los procesos de intercambio social.

La cultura tiene que ver con el sentido de la especie, de hacer y vivir algo en común. Aquel que crea, lo hace con la idea y la necesidad imperiosa de compartir

su creación, de que alguien dialogue con él entrando en una relación gozosa con el fruto de su producción.

Es por eso que el fenómeno cultural está profunda e indisolublemente ligado al sentido de identidad.

Constantemente, desde la cultura, nos preguntamos quienes somos, sin embargo, y pese a la innumerables reflexiones acerca de su identidad, Latinoamérica permanece en la angustia de su misteriosa indefinición.

Sus riquísimas culturas aborígenes y el habla traída por el conquistador, se mezclan en un modo de vida que oculta en su esencia un profundo y constante desgarró, a la vez fuente de unidad y diferencia entre los nuevos países americanos, fundados sobre los ideales de la revolución francesa y del iluminismo.

América Latina ha sufrido, desde su descubrimiento, una presión cultural exógena y constante que ha ido paulatina e inexorablemente desmantelando las antiguas costumbres en un proceso dudosamente civilizatorio.

A lo largo y a lo ancho de su territorio, la lucha por la independencia frente a España y Portugal ha significado una profunda redefinición de los conceptos de libertad y de cultura.

Los pueblos “rebeldes” se vieron abocados a un difícil proceso de integración interna de los diferentes estratos sociales, entre indígenas y criollos, entre lugareños y periódicas oleadas de inmigrantes de diferentes culturas y razas.

Si bien, con el tiempo, en algunos países se ha logrado un cierto sincretismo cultural, a veces a costa de luchas sangrientas, en otros las diferencias son cada vez más drásticas y siguen produciendo la marginación de grandes cantidades de

sus habitantes que, reducidos a condiciones de extrema pobreza, se ven imposibilitados de acceder a la educación y menos a la producción y goce de bienes culturales.

El concepto de identidad cultural tiene un primario origen en lo idéntico o igual a algo. La identidad actuaría como una identificación exterior de lo semejante al objeto que observamos. Así la identidad latinoamericana sería algo a través de lo cual la cultura de nuestro sub-continente puede ser mirada y especificada en sus perfiles más singulares.

Pero el valor operativo del concepto de “identidad” es complejo porque el sistema de referencia, es decir, algo exterior que nos permite compararnos, es también un núcleo esencial e interno de nuestra existencia. Es por ello, que para los fines de esta reflexión, preferimos ubicar el concepto de identidad que nos servirá más adelante para hablar sobre la transición, como un ámbito de reflexión que no tiene fronteras claras entre lo interior y exterior, entre lo exógeno y lo endógeno.

Mirada así, la identidad cultural latinoamericana es una composición y una mezcla inconclusa que no cristaliza aún en un producto último y terminado, sino que vive en un eterno proceso de tensión e incluso de desgarros, donde se vinculan las culturas precolombinas con sus persistentes y sempiterna presencia y las culturas de origen europeo, especialmente las latinas, constituyendo ese entramado que se ha dado en denominar “el continente de los siete colores”.

La identidad, en la historia más reciente de estos territorios, ha asentado al hombre a la tierra, selvática, cordillerana, desértica, fragmentada en archipiélagos o ubicada en extensas pampas. Ella ha sido la que ha pretendido ser atrapada desde la poética y la literatura, en los primeros siglos de la ocupación hispana. Extraña identidad ésta a la que se apela y remite en todos los discursos imaginarios de los más diversos géneros, pero no termina por ser conceptualizada

en un universo teórico que fije en imagen y conceptos precisos el sentido de la identidad latinoamericana. Por ello, se abre paso la idea de una identidad ubicua, escurridiza y fragmentada pero, al mismo tiempo, de gran significación y fuerza para reconstruir una y otra vez la idea de una América Latina. Quizás, y desde esta perspectiva, las fronteras políticas del subcontinente parecen dibujadas en la superficie de procesos mucho más profundos que unieron siglos atrás a aventureros de origen europeo con grupos de impactante desarrollo cultural en estas difíciles tierras.

La trama del concepto de identidad se extiende a través de la pasión, la aventura, la imaginación y la ruptura de las convenciones más cartesianas que han marcado la historia de territorios como el europeo.

Lugares donde se ha sabido que hay dictadores que mueren de viejos , magos y brujos que curan enfermedades, niños que piden limosna escupiendo fuego por la boca en ciudades tan grandes como México o Sao Paulo, países que construyen sus temporalidades, algunos, de terremotos en terremotos, de golpe militar en golpe militar, de revolución en revolución, de premios Nobel en premios Nobel. Lugar que exporta su música y sus ritmos, sus productos de la tierra y sus singularidades histórico-políticas.

La identidad latinoamericana es así un entramado de mitos, culturas y ritos que configuran un provisional ethos de figuras y sujetos que se mueven en distintos tiempos del calendario humano y que se incrustan fuertemente en su historia social y política, en la historia de sus instituciones y de sus recurrentes fracturas, marcando, reorientando y siempre significando el devenir de la cultura.

Durante largo tiempo, ciertas escuelas del pensamiento filosófico internacional construyeron, como categoría analítica y modelos explicativos, la figura de una sociedad donde la economía era “el sustrato material y base productiva de una super-estructura jurídico-ideológica que resultaba de esas

relaciones". Se trataba de algo así como una casa de dos pisos donde la economía era el primero y soporte del segundo. En el primero ocurrían las cosas materiales, en el segundo los procesos culturales y espirituales. Lo que ocurría en el primero condicionaba los procesos del segundo. Este paradigma dejó su impronta no sólo en las diversas escuelas de las izquierdas culturales, sino también en muchos de sus detractores provenientes de las reflexiones liberales clásicas o neo-liberales.

Es curioso que, en momentos culturales como el actual, un cierto economicismo liberal siga postulando la supremacía del hecho económico sobre el teórico-intelectual tal como ayer lo consignaba su archienemigo, el Marxismo.

Si en algún lugar la conceptualización de una economía que lo determina todo, incluida la cultura, ha tenido una recurrente mala fortuna, ha sido en América Latina. Si bien ésta se encuentra integrada a los grandes procesos de regionalización y mundialización, éstos están lejos de ser exclusivamente económicos o materiales en un sentido restrictivo. Más aún, las continuidades y fracturas de las historias latinoamericanas están repletas de procesos y acontecimientos que escapan largamente a lo puramente económico.

Una de las grandes dificultades analíticas que este lugar de América ha presentado para las ciencias políticas convencionales de Europa y Norteamérica, ha sido justamente el hecho de que muchos de sus procesos más significativos de este siglo son híbridos político-culturales donde la racionalidad de la tradición "de la ética protestante, del trabajo y la producción", se escurre una y otra vez.

Fenómenos tan significativos en la historia política del subcontinente, como han sido los populismos, caudillismos o procesos tan relevantes como la revolución mexicana, de cuño profundamente agrario y plebeyo, obligan a construir conceptos interpretativos menos universales y más aterrizados en nuestra propia aventura histórica.

Quizás podamos provisionalmente instalar una idea de la identidad latinoamericana donde se fundan, en constante simbiosis, las diferentes culturas junto a las distintas aspiraciones y, ambas, en una constante e infinita búsqueda. Esto hace que política, cultura e identidad se alcen como una tríada que sustenta aquello que podríamos denominar el ser o el sujeto latinoamericano.

LOS RAMALES DE LA TRANSICION

Como vimos anteriormente, el tema de la identidad y la política cubre parte sustantiva de los procesos más relevantes de la historia de este siglo en cada uno de los países de América Latina, pero lo hace desde plataformas o estados de desarrollo tremendamente desiguales.

En Europa, la distancia de bienestar relativo entre un país como Luxemburgo y otro como Alemania, es mínima si se le compara con la enorme brecha que separa las condiciones de vida de un porteño de capital federal en Argentina de las del habitante de cualquier lugar de un país como Haití.

Es importante esto porque sitúa procesos generales en el marco de realidades radicalmente distintas.

Veamos: temas como la industrialización, la urbanización, la cobertura educacional o asistencial, serán muy distintos de acuerdo al país del cual se trate, a pesar del carácter común del gran tronco histórico que compartimos. Esta falta de relación entre historia y nivel histórico, se expresa con singular fuerza en los denominados procesos de “transición de la democracia” que marcan este subcontinente a partir, por lo menos, del inicio de la década de los sesenta. En efecto, en marzo de 1964 se produjo en Brasil un golpe militar de nuevo tipo el cual no se sitúa en la tradicional lógica de los golpes “bananeros” consignado en nuestra literatura y que la mayoría de las veces enfrentaba a un grupo de caudillos contra

otro grupo de caudillos, terratenientes o mineros; sino que será, desde su gestación, profundamente diferente.

Desde 1964 en Brasil hasta 1989-1990 en Chile, América Latina vive profundos procesos de reconversión y transformación a todo lo ancho de su geografía histórica. Los gobiernos militares en Brasil, Perú, Bolivia, Uruguay, Chile, Argentina y parte importante de Centroamérica, que encabezan el Estado, se abocarán a un triple propósito. En primer lugar, fue el de disciplinar la sociedad encuadrándola en los marcos de modelos económicos que se basaban en la extensión de la jornada laboral, en la intensificación de la productividad del trabajo. En segundo lugar, en la clausura de las libertades políticas y los derechos civiles y, en tercer lugar, en la extinción de todo tipo de organizaciones sociales y políticas que levantarán como ideario un modelo de sociedad libre.

La cultura que desde la lógica de los estados militares motoriza estos procesos, se concentra en la denominada “doctrina de la seguridad nacional”, la que, entre otros supuestos e hipótesis, contiene primicias como la del enemigo interno con la cual se caracteriza cualquiera fuerza opositora, el abuso intensivo y equívoco “de la cultura occidental y cristiana” y una suerte de pensamiento conservador tardío que sacramenta postulados tradicionales de las viejas culturas agrarias latinoamericanas, con los cuales inunda los conceptos de patria, familia, estado, religión y mando. Este entramado pone en marcha un amplio dispositivo estratégico que trata de reconvertir radicalmente la sociedad desde el nivel de identidades movilizadas a la búsqueda de democratización y bienestar, hacia sociedades fragmentadas y apabulladas que son inducidas hacia los disciplinamientos laborales, productivistas, anti-políticos y conservadores.

La saga histórica que contextuó estos fenómenos, se extendió por más de treinta años en el sub-continente y configuró una suerte de sociedad tipo “archipiélago”, con muchos núcleos de creatividad casi de carácter clandestino en medio de un mar conservador. De este proceso, emergieron muy distintas

sensibilidades estético-artísticas que, a pesar de la represión, van del ensimismamiento individualista hasta la búsqueda de la acción colectiva, el debate y la creación grupal.

La cultura de conservadurismo dictatorial se instaló en una vertical que partía de muy arriba en la pirámide social y penetró hasta sectores de historia y tradición popular en base a un discurso que muchas veces recordaba el viejo populismo oligárquico del siglo pasado. En todos los países donde se verificó con mayor éxito el proceso de las dictaduras militares, los instrumentos políticos y administrativos del Estado, desde el gobierno central hasta el alcalde en la última localidad del territorio, pusieron en juego sus recursos de movilización verticalista utilizando una combinatoria de persuasión y miedo.

Los viejos recursos de los esquemas de propaganda totalitaria, se pusieron al servicio de estas dictaduras, al mismo tiempo que se movilizaba una fracción de la sociedad a la que se favorecía con modestas prebendas, pero que al estar situadas en un mundo de patéticas necesidades se transformaba en una manera de adscripción y apoyo. Se fomentó así una cultura del silencio, del miedo, de la sumisión y, en algunos casos extremos, de la delación y la sospecha.

Instituciones como las universidades, centros de investigación y altos estudios, vieron disminuidos radicalmente sus presupuestos y limitados fuertemente sus programas. Todo aquello que se aproximara a teorías críticas, se tipificaba de subversivo, en algunos de los infinitos laberintos de la doctrina de la seguridad nacional. Junto con ello, los intelectuales y artistas latinoamericanos, gestados en décadas de fermentación libertaria vivieron el recurrente acoso del Estado con sus consecuencias de cesantía, aislamiento u otros mecanismos de cerco social como lo fue la estigmatización política y moral.

Sin embargo, y desde el centro mismo de estos procesos, múltiples fracciones de académicos, intelectuales y artistas, apoyados la gran mayoría de

las veces en un ancho mar social de jóvenes, trabajadores y mujeres fueron gestando lo que podría constituir en los anales del siglo XX, una gesta de la cultura de la dignidad, del valor de la vida, y de la libertad que con el correr de los años se transformaría en un portentoso movimiento de derechos humanos, civiles y políticos.

La descripción de estas trayectorias, la forma en que cada sujeto singular o cada fracción social se puso de pie, es aún hoy una deuda del relato histórico pendiente. Lo que ha quedado en la impronta de las crónicas de la época y lo que comienza a discurrir en los ensayos históricos es apenas la superficie, a veces más impactante, de grandes procesos sociales que comprometieron a millones de personas humildes y anónimas que, durante un primer período, fueron decisivas para la mantención de la lucha por la dignidad y la democracia y, en un segundo momento, para romper las ataduras del miedo.

Los denominados movimientos democráticos latinoamericanos contienen en su dinámica interna aquellos fermentos y espacios de encuentro donde se conjuga, en una simultaneidad visible, la aspiración por una sociedad de derecho y la artesanía de una cultura que crea múltiples mundos posibles, espacios encantados de sueños irrealizables en las sociedades militarizadas.

En esos lugares de encuentro, en el anonimato de las grandes ciudades y los extramuros donde cohabitan las culturas agrarias y semi-urbanas, hombres y mujeres, jóvenes y trabajadores de distintas concepciones de mundo, unidos por una idea general de libertad, crean y recrean desde la literatura, el teatro, lo audiovisual, la música y la plástica, entre otras producciones estéticas que articulan infinitos quehaceres y diversas modalidades de la creación. Al lograr esto último, hacen entrar en el sistema de solidaridad y apoyo múltiple a diversas generaciones de artistas transformándose así en una suerte de memoria colectiva y de enseñanza informal.

La multiplicidad de estos hechos fluye y se extiende a lo largo de toda la geografía social. Por esto mismo, se hace imposible de contrarrestar para la práctica conservadora que no puede ubicarla y acosarla en alguna región y tampoco está en condiciones de competir por la dirección moral y ética de este proceso. De manera vacilante al principio de los gobiernos dictatoriales y, luego, a un ritmo franco y abierto, la cultura y sus creaciones pasan a ser la reserva moral de los pueblos y la vanguardia ética y estética que acosa no sólo desde la erudición sino también desde la tradición, la dignidad y no pocas veces enrostra lo banal de las dictaduras con el arma del humor.

La cultura democrática se ensancha y coayuda al desarrollo de las políticas que pugnaban por la democratización de la sociedad.

Si se examinan los textos, discursos y elaboraciones de aquellos años podremos contemplar la significación relevante que adquiere la denuncia cultural y la elaboración de una concepción alternativa, alterativa y disidente. Quizás esto último constituya el valor distintivo de las creaciones de aquellos años.

Al producirse los períodos que sitúan los inicios de la transición a la democracia, las fuerzas sociales que se levantan como alternativas políticas a las dictaduras contarán, a lo largo de todo el sub-continente, con centenares de hombres y mujeres que han hecho llegar a millones “el germen” del rechazo a la sociedad totalitaria.

Los procesos de transición a la democracia que heredan sus conceptualizaciones primarias de las transiciones de la Europa del sur, especialmente de Grecia y España, se inician vacilantes y complejamente hacia principios de la década de los ochenta en Brasil para extenderse hasta el Chile que pasa del gobierno dictatorial de Pinochet al gobierno democrático de Patricio Aylwin.

En medio de esta trayectoria caerá espectacularmente la dictadura militar argentina, en brazos de un gesto de gran potencia de un antiguo imperio colonial.

El resultado global es que, hacia fines de la década de los ochenta, todas las sociedades latinoamericanas, hayan pasado por recientes dictaduras o no, debaten y reflexionan sobre los contenidos y significados del concepto democracia, en medio de una situación mundial que proyecta el asombro del derrumbe del URSS a través de los diversos medios de comunicación masiva mundiales. La transición a la democracia en América Latina coincide, por ello, con un nuevo giro de la situación mundial, de su historia, emblemas y procesos. Quien graficará, polémicamente, estos eventos será Francis Fukiyama en su texto "Del fin de la Historia". La respuesta no se deja esperar, será H. Habermas el que sale "en defensa de la modernidad" levantando la tesis de una modernidad difícil pero inconclusa. Estas temáticas se incrustan fuertemente en el debate latinoamericano, pero se redefinen en un universo de las transiciones a la democracia.

Algunos factores emergen como relevantes en el proyecto cultural de la transición democrática que, a pesar de las tensiones internas que la temática tenía entre distintas opciones programáticas y contaminada con los dramáticos hechos mundiales, surgen con fuerza ciertas líneas gruesas que conviene resaltar.

Consignemos una primera línea de reflexión polémica entre la tesis de si la reconstrucción democrática implica un regreso a una cultura semejante a la que se vivió en décadas pasadas o alternativamente a un nuevo tipo de cultura. Quienes postulaban esto último, intentaban resaltar el impacto que tendrán en el debate y en las estéticas latinoamericanas la discusión post-moderna del debate cultural de toda la región. Por otro parte, se reconstruye la vieja línea de discusión referida a la "cultura popular - cultura de elite" que, en algunos casos, recrea polémicas que fueron de gran significación entre 1930 y 1950.

Inspirado en esta línea de preocupación, fluyen las discusiones de las responsabilidades del Estado en la reconstrucción cultural, los bandos teóricos centran sus líneas de discusión entre la idea genérica de un Estado benefactor que promueve la cultura y las nuevas corrientes que de distintos ángulos coinciden en el concepto de Estado mínimo, el cual deja al quehacer cultural ubicado en el gran y, a veces misterioso, océano del concepto de mercado cultural.

Sin embargo, todas estas líneas coinciden en instalar dos grandes problemas. El primero, consiste en superar las huellas bastante profundas que el dispositivo cultural que el miedo engendró y, en segundo lugar, en cómo desde la cultura se pueden producir los reencantamientos del proyecto que Haberman denominó “la modernidad inconclusa”.

LA CULTURA EN LA TRANSICION: UNA CULTURA TRANS-CITADA

En estas páginas conviene reubicar nuestro tema ya que, como constatábamos, al interior del gran capítulo de la cultura de la democracia y de la transición cultural, co-existen distintas realidades nacionales e historias específicas. Intentar ordenar o hacer un balance ahora del debate cultural latinoamericano e incluso chileno, es prematuro. Sin embargo, anotemos aquí como rasgo general, que lo que los españoles denominaron en el período post-franquista “el destape”, haciendo referencia al ensanchamiento de los espacios de libertad, en América Latina ha sido más complejo, ya que al interior de los propios núcleos de la cultura democrática existen opiniones de considerable arraigo que, por su naturaleza y visión de mundo, pueden ser tipificadas como conservadoras en lo estético y en lo cultural.

Si tomásemos como indicadores metodológicos temas como la censura, la apertura informada, el debate público, la posibilidad de la impugnación a las políticas del Estado, de la empresa privada o de agentes del mundo académico, observaríamos que los niveles en los cuales se verifican las prácticas de libertad de

creación, divulgación, debate y creación son muy distintas en cada país y en cada sector de la cultura comprometida en el análisis.

En el caso de nuestro país, el proceso es de una complejidad paradigmática. Chile emergió a la historia de este siglo como un modelo emblemático de república democrática. Sin entrar ahora a discutir el proceso teórico de construcción que supuso esta idea de la historia nacional, Chile representó un espacio de gran debate y creación cultural que no provenía sólo de las instituciones especializadas de carácter académico, sino que también se gestaba en sus numerosas y activas fuerzas sociales.

A partir de fines de los cincuenta, la sociedad chilena asiste a un portentoso proceso de multiplicación y ensanchamiento de su cultura vinculándose dos grandes mundos que en otros países vivían compartimentados o separados: el de la cultura universitaria o académica junto a la cultura que se dio en llamar popular, pero que la mayoría de las veces hacía referencia a las infinitas manifestaciones del folclor rural y urbano.

Estas estéticas coinciden por momentos, polemizan en otros, pero obtienen como resultado un aumento considerable de la cantidad, calidad y búsquedas de los creadores chilenos.

El Estado que, desde la década de 1930, asumía implícitamente o de facto la tesis de que “educar es gobernar”, jugó un rol sustantivo a través de las universidades, liceos y escuelas pero, también, de manera directa, en base a programas de extensión y comunicación de sus diversos ministerios. Todo estos amplios fenómenos, que no pretendemos contabilizar de manera exhaustiva, son contenidos y fragmentados duramente a partir del gobierno militar de Augusto Pinochet. Quizás nunca un asesinato tuvo mayor valor simbólico en el imaginario colectivo de la humanidad que el de Víctor Jara. Sin saberlo, quienes impunemente lo mataron, entregaban un claro mensaje al país y al mundo: “la cultura es un

enemigo de la seguridad, estabilidad y tranquilidad nacional”. Todo un concepto de mundo se erguía detrás de este hecho.

A partir de la transición democrática iniciada en lo fundamental con la victoria del No en el plebiscito de 1988, se construye un proceso de creación cultural que remite en su lenguaje y simbología al pasado, pero que por su naturaleza y sentido será profundamente distinta. De alguna forma, se une alrededor de la gran matriz democrática, pero se encuentra huérfano de las viejas certidumbres, valora y respeta las simbologías y personificaciones que portan “distintos sujetos culturales” pero quiere romper con una suerte de Edipo estilístico y temático. Estas tensiones van a configurar hasta muy avanzado el proceso de transición, los diversos debates que oficial y oficiosamente se producen. Hay un hecho que articula a los distintos agentes que concurren a este entramado y es la aspiración de contar con el reconocimiento de la sociedad al rol decisivo que jugaron en el retorno a la democracia y, por otra parte, con el apoyo de la sociedad, especialmente de las instituciones estatales, para dar curso a nuevas y singulares iniciativas.

La transición a la democracia se sitúa en el marco de un gran acuerdo entre las distintas fuerzas políticas que al interior del espectro programático chileno existían. Se elabora un gran y exhaustivo informe que será referente obligado hasta hoy de las reflexiones sobre el tema de cultura: el denominado “informe Garretón”, en referencia a uno de sus principales conductores. Si se evalúan las sugerencias de este texto con lo que efectivamente se ha implementado en estos años, observaremos que la distancia entre el diagnóstico y las políticas viabilizadas es excesivamente grande.

Las consecuencias de este hecho son trascendentes: aún hoy la mayoría de las producciones culturales en los más diversos géneros, se mantienen al borde de la subsistencia económica a pesar del gran afán creativo. Nuestro país exhibe contundentes y macizos indicadores económicos que lo sitúan como un ejemplo de buen manejo de la producción, el comercio, las finanzas y la gestión económica.

Sin embargo, en el campo cultural a nivel latinoamericano la realidad es distinta. En áreas tan sensibles como el audiovisual, la plástica, la literatura, la danza, la música, las creaciones fluyen recurrentemente pero en medio de imperiosas urgencias económicas, lo que impide la planificación de largo plazo y muy especialmente, la multiplicación del mundo de los creadores.

Esto ha tenido como efecto una notable anemia en el debate y elaboración cultural de diverso tipo y de origen, en el curso del año 1996, durante la actual administración del Presidente Eduardo Frei a la convocatoria de una Comisión Presidencial para los temas culturales que evalúe, sugiera y proponga un nuevo marco institucional de la cultura en Chile, a la búsqueda de fortalecer su rol y significación.

A pesar de este relevante hecho, el carácter periférico y muchas veces soslayado que ha adquirido la preocupación del país sobre la cultura ha tenido otras consecuencias como es el crecimiento y expansión de cierta apatía “tedio”, de importantes franjas de la juventud sobre los debates que marca la agenda pública, pero al mismo tiempo que esto ocurre, en los bordes de las instituciones emergen múltiples creaciones que no buscan sus condiciones de legitimidad en el reconocimiento oficial o público nacional, sino en el entorno más inmediato de su propia ubicación. Esto triza los canales de comunicación que son decisivos en el campo de la cultura humana.

De no menor gravedad, es el aumento vertiginoso de una cultura del consumo que se agota en la obtención de alguna mercancía que produce una sensación efímera de acceso a los grandes procesos de bienestar económico que saturan los espacios de propaganda de los más diversos medios de comunicación de masas. Este consumismo casi “neurótico” y en todo caso, obsesivo evidencia en muchas ocasiones un profundo vacío estético de la vida cotidiana en el ámbito individual y colectivo; no nos pasa desapercibido que esto puede ser caracterizado

como uno de los males de fin de siglo. Sin embargo, la relación que existe entre este “estado anímico” y la cultura de un país es trascendente.

Dentro del gran capítulo de la modernización del Estado que está en curso en Chile, y justamente para superar los problemas insinuados, resulta de vital urgencia no sólo la “modernización de la institucionalidad cultural” sino también, y tal vez con mayor fuerza, la integración de la sociedad civil a un debate que no puede agotarse en el corto plazo.

Por el contrario, es imprescindible que esa instancia de revisión profunda transcurra de manera constante para que la cultura sea parte integrante de la vida cotidiana.

Es evidente que aquí estamos hablando de otra temporalidad. Nos asiste el convencimiento de que la cultura de la transición se extiende más allá de su propio calendario político. Su proceso es más complejo y sus metas son claramente más difíciles de alcanzar. Sin embargo, su logro sigue siendo un soporte fundamental del cumplimiento de la larga y difícil aspiración que, después de tantos años, dio paso a la democracia en nuestro país.